

EL MÉRITO DEL EMÉRITO

Aquello de “*Monarchia delenda est*” ya no tiene hoy sentido. La monarquía se destruye a sí misma. El dios Saturno devora a su hijo. Ciertamente los vástagos no tienen la culpa de los pecados de sus progenitores. Sin embargo, todos los reyes nacen siempre con un pecado original. La soberanía del soberano desciende del cielo o bien asciende desde la tierra. Y, como Dios lleva siglos ausente, la Corona precisa de la cabeza y la cabeza sostenerse sobre los pies. Un pueblo que no elige su forma de Estado será siempre menor de edad. Poco importa su riqueza. Ahora bien, siendo la monarquía un sistema biológico basado en la sangre, esa misma sangre es la causa de su decadencia. Antaño existía abundancia de príncipes y princesas casaderas. La sangre azul – las venas transparentes en la piel pálida – era nítida, sin matices. Pero la nobleza, cada vez más escasa, estaba obligada a mantenerse en los tronos realizando matrimonios entre parientes. La consecuencia es clara: la imbecilidad resultante de la consanguinidad. Entonces fue inevitable abrir el abanico, renovar los genes. Los príncipes debían esposar a mujeres de la alta burguesía. Las monarquías habían perdido un grado en su pureza biológica. La sangre azul se volvía roja sin ninguna revolución. En la línea sucesoria los herederos, mezcla de nobles y burgueses, prolongaron esa degradación. Las proporciones entre el dinero de los muchos ricos y la sangre de los pocos nobles se decanta hacia los plutócratas. Claro está que algunos príncipes auténticos, cegados por el amor más que por el deber, se encandilan de

plebeyas. Tal es el sueño de todas las cenicientas del mundo. En suma, saltan etapas hacia el fin de la monarquía. Sin duda los pueblos no ven con buena cara que aspiren al trono la hijas de la periodistas o el hijo de la panadera. Falta *glamour*.

Pablo Galindo Arlés

15 de enero de 2021